

# *Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias\**

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO  
Universidad Autónoma de Madrid

## RESUMEN

En las fuentes antiguas aparecen diversos nombres que se refieren a la presencia, en la Península Ibérica, de gentes de origen fenicio, púnico o libio, especialmente los de «Libiofenicios» y «Blastofenicios». A veces algunos autores han considerado estos términos como sinónimos y en otras ocasiones se han interpretado como el resultado de diversos procesos de emigración y colonización. Además, también se ha aducido la moneda llamada «Libiofenicia». En el presente artículo trato de mostrar cómo no debe confundirse el establecimiento de tropas libias en la Iberia meridional (especialmente en el territorio de los Bástulos) durante el período Bárquida, con el fenómeno libiofenicio. Tampoco debe relacionarse el auge económico de la España púnica durante los ss. IV-III a.C. con una supuesta colonización libiofenicia impulsada desde Cartago. En cambio, se propone que los cartagineses asentaron comunidades militares libias en algunas regiones de Iberia, que ya en el s. II a.C. acuñaron las monedas llamadas libiofenicias. En estas acuñaciones pueden observarse influencias púnicas, libias e hispanas, resultado de la adaptación de esas comunidades al ambiente cultural local.

## SUMMARY

There are, in the ancient sources, several names related to the presence in the Iberian Peninsula of peoples of Phoenician, Punic or Libyan stock, specially those of «Libyphoenicians» and «Blastophoenicians». Sometimes these terms have been considered synonymous by different scholars and in other occasions have been interpreted as the result of different processes of immigration and colonization. Besides, the coinage usually known as «Liby-phoenician» has been also brought into question. In the present paper I try show how the establishment of Libyan troops in southern Iberia (specially in the Bastulan territory) during the Barcid period, must not be confused with the

---

\* Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación PS92-0024 subvencionado por la DGICYT.

Liby-phoenician phaenomenon. Neither must be related to a supposed Liby-phoenician colonization fostered by Carthage the economic growth attested in fourth-third century B.C. Punic Spain. Instead, it is proposed that the Carthaginians settled military Libyan communities in certain regions of Iberia which, already in the second century B.C., minted the so-called Liby-phoenician coins. In these coinage can be observed influences of Punic, Libyan and Spanish origins, as a result of the adaptation of those communities to the local cultural environment.

## 1. Introducción: monedas «libiofenicias» VS. libiofenicios

Es cada vez más notorio que una aproximación científica a cualquier fenómeno de los que nos brinda el mundo antiguo requiere tener presente toda la información que nuestras distintas fuentes de conocimiento proporcionan, siempre, bien entendido, que no intentemos forzarlas para que «encajen» entre sí y las hagamos decir lo que en cada momento más nos interese. Ello no impide, sin embargo, que ocasionalmente alguno de estos intentos pueda acabar coronado por el éxito aunque cuando ello sucede es más bien fruto de la casualidad o de algo científicamente tan improbable como las «geniales intuiciones». Algo de ello es lo que parecía haber ocurrido a propósito de la identificación de las llamadas monedas «libiofenicias» o, más «poéticamente» «libio-fénices»; en efecto, y sin ánimo de profundizar demasiado en cuestiones historiográficas, bien tratadas por otros autores, cuando Zóbel de Zangróniz detectó una serie de acuñaciones procedentes del sur peninsular, con una aparente vinculación con las series bien conocidas en escritura fenicia y neopúnica, el término que acuñó para identificarlas fue el de «libiofenicias», retomando así un etnónimo que las fuentes escritas repiten a lo largo del tiempo y cuya ubicación peninsular, habitualmente, se limita a las regiones meridionales. Como Sola-Solé ha mostrado en su monografía dedicada al alfabeto presente en dichas acuñaciones, el mismo ha sido denominado de varios modos: libio-fénice, bástulo-fenicio, tartesio y turdetano, «claro indicio», en su opinión, «de las dificultades inherentes a su real clasificación»<sup>1</sup>.

A partir de ese momento, el término de «monedas libiofenicias» o de alfabeto «libiofenicio» ha ido imponiéndose en la literatura numismática, habiendo existido intentos más o menos acertados de poner en relación dicho fenómeno numismático con las referencias literarias, no siempre adecuadamente interpretadas, relativas a las poblaciones libiofenicias. Los resultados, empero, no fueron especialmente fructíferos y podemos traer aquí las conclusiones a las que llegaba Beltrán en un estudio del año 1954:

---

<sup>1</sup> J. M.<sup>a</sup> Solá-Solé, *El alfabeto monetario de las cecas "Libio-fénices"*. Hacia un intento de interpretación de un alfabeto desconocido, Barcelona, 1980, 10.

«a) No tenemos datos seguros y claros sobre dichos “libio-fénices”.

b) Sólo convencionalmente, con valor entendido previamente, podemos admitir que las acuñaciones de la repetida zona gaditano-hispalense sean llamadas “libio-fénices”»<sup>2</sup>.

Este convencionalismo avanzado por Beltrán puede expresarse de forma más coherente en la definición de Siles: «Con el término “libio-fenicio” se designa el alfabeto en que las ciudades del *hinterland* de Gades (Arsa, Asido, Bailo, Lascuta, Iptuci, Oba, Turiregina y Vesci) emitieron monedas bilingües (libio-fenicio y latín) durante el período comprendido entre los siglos II a.C. y I d.C.»<sup>3</sup>; por lo que se refiere a la cronología hoy parece limitarse al período comprendido entre la segunda mitad del s. II a.C. y la primera del s. I a.C.<sup>4</sup> y es posible que pueda haber habido alguna otra entidad emisora<sup>5</sup>. Aun cuando recientemente algunos especialistas vuelven a reivindicar para esas acuñaciones la denominación (convencional si se quiere) de «libiofenicias»<sup>6</sup>, otros siguen considerándolo un término «falso»<sup>7</sup>; de cualquier modo, y como veremos, las monedas llamadas «libiofenicias» poco o nada tienen que ver con los libiofenicios.

Por otro lado, las investigaciones sobre los libiofenicios, como entidad étnica y cultural, también han conocido ciertos avances en los últimos tiempos, que pueden permitir una mejor identificación de estos individuos. En lo que sigue, insistiré en una doble vía: por un lado, retomaré algunos datos tendentes a una mejor caracterización de los libiofenicios, especialmente en los dos o tres siglos previos al cambio de era; por otro lado, y a partir de los datos de las más recientes investigaciones, se tratará de ir estableciendo aquellas consecuencias básicamente de índole político que de las así llamadas monedas «libiofenicias» pueden extraerse.

<sup>2</sup> A. Beltrán Martínez, «El alfabeto monetario llamado “libio-fénice”», *Numisma* 13 (1954), 49-63.

<sup>3</sup> J. Siles, «Dos cuestiones sobre el alfabeto denominado “libio-fenicio”: su situación en la historia de la escritura y el problema de su desciframiento», *Zephyrus* 26-27 (1976), 406; sobre la localización de esas cecas pueden verse los trabajos de J. M.ª Solá-Solé, *op. cit.* (n. 1); R. Corzo Sánchez, «Sobre la localización de algunas cecas de la Bética», *Numisma* 174-176 (1982), 71-80; C. Alfaro Asins, «Epigrafía monetaria púnica y neopúnica en Hispania. Ensayo de síntesis», *E.A. Arslan Studia Dicata, I. Glaux* 7 (1991), 109-156; *vid.* en último lugar M.ª P. García-Bellido, «Las cecas libiofenicias», *VII Jornadas de Arqueología Fenicio Púnica*, Ibiza, 1993, 97-146. Sobre algunas cecas concretas *vid.* sobre todo A. Beltrán Martínez, «Sobre las acuñaciones de Lascuta», *Numisma* 10 (1954), 9-20, L. Villaronga, «La moneda de Turri.Regina», *Numisma* 177-179 (1982), 53-58 y M.ª P. García-Bellido, «Sobre las dos supuestas ciudades de la Bética llamadas Arsa. Testimonios púnicos en la Bacturia Túrdule», *Anas* 4 (1993), 81-92.

<sup>4</sup> M.ª P. García-Bellido, «Leyendas e imágenes púnicas en las monedas “Libiofenicias”», *Veleia* 2-3 (1985-86), 499; las más antiguas, según esta autora, serían las acuñaciones de Lascuta, Asido y Turiregina.

<sup>5</sup> *Cfr.* M.ª P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), 97-146: ¿Hasta Regia?, ¿Balleia?, *ibid.*

<sup>6</sup> Así M.ª P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), 129, que habla de «las cecas neopúnicas llamadas justamente libiofenicias, y cuyo nombre yo reivindico de nuevo para éstas y otras cecas hispanas neopúnicas cuya grafía no sea normalizada».

<sup>7</sup> Por ejemplo, recientemente, C. Alfaro Asins, «Epigrafía...» (n. 3), 127.

## 2. Los libiofenicios: ¿libios + fenicios o fenicios en Libia?

Tito Livio nos informa de que, en el momento en el que Aníbal va a partir hacia Italia para iniciar la Segunda Guerra Púnica, deja en manos de su hermano Asdrúbal el mando sobre Hispania; para reforzar las fuerzas estacionadas en la Península recluta una serie de contingentes africanos entre los que se encuentran cuatrocientos cincuenta caballeros libiofenicios (Liv., XXI, 22, 3); Polibio, aparentemente la fuente de Livio en este pasaje, confirma también esta cifra (Plb., III, 33, 15). Conviene, sin embargo, que nos detengamos un momento en ambas informaciones:

### POLIBIO

#### CABALLERÍA (ἵππεις)

- Λιβυφοινίκων... καὶ Λιβύων (450)
- Λεργητῶν (300)
- Νομάδων δὲ Μασσολίων καὶ Μασσαι <συ> λίων καὶ Μακκοίων καὶ Μαυρουσίῳ τῶν παρὰ τὸν ὠκεανὸν (1.800)

#### INFANTERÍA (πεζοὺς)

- Λιβύων (11.850)
- Λιγυστίνους (300)
- Βαλιαρεῖς (500)

### TITO LIVIO

#### CABALLERÍA (EQUITES)

- *Libyphoenices* (450)
- *Ilergetum* (300)
- *Numidae Maurique, accolae Oceani* (1.800)

#### INFANTERÍA (PEDITUM)

- *Afrorum* (11.850)
- *Liguribus* (300)
- *Baliaribus* (500)

Como se observa, aun cuando la información de Polibio es más precisa, los datos son idénticos. Sin embargo, al referirse a los libiofenicios (Polibio engloba en el total de los 450 jinetes también a libios) Livio añade, a modo de explicación, la frase *mixtum Punicum Afris genus*, «una raza púnica mezclada con africanos»<sup>8</sup>. No cabe duda, por consiguiente, de que esta presunta explicación del término se debe por completo a Livio y no descansa sobre autoridad ninguna, siendo únicamente una aclaración que Livio da a sus lectores interpretando, sin mayor complicación, un nombre compuesto que aparece por primera vez en su relato.

Lo cierto es que, y el ejemplo se ha aducido en varias ocasiones, los autores antiguos tienden a explicar términos de este tipo suponiendo mezclas de poblaciones; uno de los casos más conocidos es el que recoge Diodoro (V, 33), referido al origen de los celtíberos, y en el que se puede leer que «los iberos y

<sup>8</sup> *Ad haec peditum auxilia additi equites Libyphoenices, mixtum Punicum Afris genus, quadringenti quinquaginta et Numidae Maurique accolae Oceani...*

los celtas sostuvieron antiguamente una guerra prolongada por cuestiones territoriales, pero cuando más tarde arreglaron sus diferencias y se asentaron en el país todos juntos, y cuando la alianza mediante matrimonios llevó a la fusión de ambos pueblos, tomaron el nombre de celtíberos». Una referencia, también en Diodoro a un eventual origen de los libiofenicios mediante estos mecanismos dice lo siguiente: «En efecto, cuatro eran las razas que ocupaban Libia: los fenicios, que entonces habitaban en Cartago, los libiofenicios, que poseían muchas ciudades junto al mar y compartían lazos de epigamia con los cartagineses, de donde les viene tal nombre...»<sup>9</sup> (D.S., XX, 55, 4). Sin embargo, tras el análisis de Bondi<sup>10</sup> parece quedar claro el carácter fenicio de estos libiofenicios africanos y hemos de atribuir el énfasis al origen mixto de los mismos o a la propia exégesis de Diodoro o a su fuente (a lo que parece, Timeo); es seguramente la cuestión del vínculo de la epigamia, el derecho a realizar matrimonios mixtos entre comunidades jurídicamente diferentes, el que ha podido confundir a nuestras fuentes.

Aun cuando hoy día parecen predominar opiniones que consideran este tipo de visiones de los escritores antiguos no ajustadas a la realidad, hay aún autores que aceptan la literalidad de la interpretación clásica acerca de los procesos de formación de pueblos y ven, consecuentemente, a los libiofenicios como el producto de una mezcla de razas: «algunos sectores de la población libia habrían ido adoptando las costumbres semitas, por medio de un proceso de cambio cultural en el que las relaciones de parentesco con individuos de origen fenicio fueron fundamentales. Estas relaciones son las que reflejan el texto de Diodoro en el que se evidencia la epigamia entre ambos grupos. Los libiofenicios serían el resultado de este proceso: libios asimilados desde los inicios de la colonización fenicia»<sup>11</sup>; en esta definición desempeñan papeles equivalentes el intercambio cultural entre Cartago y el entorno indígena (libio) circundante, y la mezcla de poblaciones como elemento definidor de nuevas situaciones acaso más de índole cultural que, estrictamente, poblacionales, frente a interpretaciones de tipo más netamente geográfico<sup>12</sup>.

En un trabajo mío que ha cumplido ya dos lustros de antigüedad yo sugería analizar, en cada uno de los contextos en que aparecía el término en nuestras fuentes, el significado así como la localización geográfica que le correspondía; merced

<sup>9</sup> τέτταρα γὰρ τὴν Λιβύην διείληθη γένη, Φοίνικες μὲν οἱ τὴν Καρχηδόνα τότε κατοικοῦντες, Λιβυφοίνικες δὲ πολλὰς ἔχοντες πόλεις ἐπιθαλαττίους καὶ κοινωνοῦντες τοῖς Καρχηδονίοις ἐπιγαμίαις, οἷς ἀπὸ τῆς προσηγορίας.

<sup>10</sup> S. F. Bondi, «I Libiofenici nell'ordinamento cartaginese», *RAL* 26 (1971), 653-661; en sentido parecido, aunque sin citarlo, L. A. García Moreno, «Ciudades béticas de estirpe púnica. (Un ensayo postmarxista). Conquista romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial», *DArch* 10 (1992), 121.

<sup>11</sup> J. L. López Castro, «Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península Ibérica», *RSF* 20 (1992), 51.

<sup>12</sup> Por ejemplo, A. García y Bellido, *Fenicios y Carthagineses en Occidente*, Madrid, 1942, 51-55.

a ese análisis, sin duda mejorable, sobre todo en alguna de sus conclusiones, yo pretendía transmitir la idea de que al menos las fuentes mejor informadas de la realidad fenicia norte-africana utilizan ese nombre para referirse a unas poblaciones o grupos humanos concretos<sup>13</sup>. Hoy me mantendría en la misma postura, pero me inclinaría aún más a creer que los autores griegos han «traducido» el concepto que ellos expresan con el término de libiofenicios de un término equivalente en lengua fenicia y que posiblemente no indica otra cosa que el nombre genérico con el que se designa a las poblaciones de estirpe y cultura fenicia que viven bien en el África septentrional en general, bien en torno a Cartago.

Volviendo a la lista de contingentes que Aníbal deja en Iberia, Polibio, para anticiparse a eventuales críticas que hubiera podido recibir, asegura que esta información tan exacta que da la ha encontrado en una tablilla de bronce que el propio Aníbal había dedicado en el santuario de Hera Lacinia (Plb., III, 33, 17-18)<sup>14</sup>, noticia de la que no hay por qué desconfiar; es bastante probable que este epígrafe sea el mismo que dedicó, junto con un altar, en el santuario, en el que pasó el verano del 205, tal y como dice Tito Livio (XXVIII, 46, 16), que señala además que la inscripción era bilingüe, en griego y en púnico<sup>15</sup>. De ser así, en la parte redactada en griego, figuraría el término libiofenicio aplicado a un grupo específico de personas y, no me cabe duda, dicho término debe estar traduciendo un término, igual de específico y concreto, aunque lamentablemente desconocido en la versión púnica<sup>16</sup>.

Para argumentar más esta sugerencia plantearé la siguiente comparación: los griegos (o, por denominarles como ellos mismos se llamaban, los helenos) son, todos ellos, helenos. Sin embargo, los helenos que viven en Italia reciben el nombre de Italiotas, y los que viven en Sicilia, Siciliotas pero no por ello dejan de seguir siendo helenos. Del mismo modo, los fenicios que habitan en Libia podrían haber recibido, en su propia lengua, un nombre determinado que les hubiera identificado dentro del conjunto de fenicios que habitaban en el Mediterráneo. Ese término habría sido el que los autores griegos habrían traducido como libiofenicios, y en el mismo, al menos en sus últimos usos, no habrían quedado integrados los Cartagineses, que habrían gozado de una personalidad política lo suficientemente destacada como para ser llamados por el nombre de su ciudad.

En su reciente libro sobre Cartago W. Huss desarrolla una visión sobre el problema libiofenicio en este mismo sentido: primeramente, un concepto de

<sup>13</sup> A. J. Domínguez Monedero, «Los libio-fenicios y la interpretación del significado de su presencia en el Sur Peninsular», *Actas del I Congreso Hispano-Africano de las culturas del Mediterráneo Occidental*, Vol. 1, Granada, 1987, 129-138.

<sup>14</sup> "Ἡμεῖς γὰρ εἰρόντες ἐπὶ Λακινιώτην γραφὴν ταύτην ἐν χαλκῷ ματὶ κατατετορμένην ἐπ' Ἀννιβου..."

<sup>15</sup> *Propriet lunonis Laciniaie templum aestatem Hannibal egit, ibique aram condidit dedicauitque cum ingenti rerum ab se gestarum titulo, Punicis Graecisque litteris insculpto.*

<sup>16</sup> Sobre los problemas de denominación de los fenicios, ya en la Antigüedad, vid. M.ª E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona<sup>2</sup>, 1994, 15-20.

índole geográfica (los fenicios que habitan en un lugar determinado, concretamente en Libia), más adelante, un significado administrativo (ciudades dependientes de Cartago) y, por último, habitantes del este de Argelia, Túnez y Libia, concepto que en lo sucesivo experimentaría también alguna modificación<sup>17</sup>; ésta me sigue pareciendo a mí, aún hoy, la solución adecuada al problema de la identificación de los libiofenicios.

### 3. ¿Colonos libiofenicios o desarrollo económico en los ámbitos fenicios peninsulares?

A partir de lo que vengo diciendo, me resulta difícil aceptar afirmaciones como la siguiente: «Las fuentes griegas reúnen bajo el término “libiofenicios” a las gentes empleadas por Cartago como colonos, en un proyecto estatal de colonización agrícola en el ámbito fenicio del Mediterráneo centro occidental»<sup>18</sup>. Si esta colonización cartaginesa ha existido realmente, no habría sido en todo caso anterior al s. IV a.C., es decir, al momento en el que Cartago ha consolidado su *epikrateia* en la isla de Sicilia, prioritaria para sus intereses<sup>19</sup>, que es la época para la que poseeríamos alguna referencia concreta a la presencia de libiofenicios en Iberia como colonos de Cartago, la cual estaría contenida en el periplo del llamado Pseudo Escimno (vv. 106-109) aunque como se verá más adelante tampoco es ésta una información demasiado fiable.

Así pues, y aunque Cartago empieza a reclutar mercenarios en Iberia y el segundo tratado romano-cartaginés (Plb., III, 24) muestra el interés de la metrópolis púnica en la Península, salvo en Ibiza y en Villaricos (y tal vez Almuñécar) apenas hay indicios de una implicación concreta de Cartago; además, y como ha señalado Barceló, entre el tratado del 348 y la llegada de Amílcar no tenemos ninguna noticia concreta que avale estos pretendidos intereses<sup>20</sup>, tampoco corroborados por los materiales arqueológicos<sup>21</sup>. Por ello, a mí me resulta difícil admitir que tanto antes como después de ese tratado Cartago hubiese practicado una «política colonial agrícola mediante el establecimiento de los libiofenicios»<sup>22</sup> y más aún que esa presunta colonización se haya ejecu-

<sup>17</sup> W. Huss, *Los Cartagineses*, Madrid, 1993, 33.

<sup>18</sup> J. L. López Castro, «Los libiofenicios...» (n. 11), 54.

<sup>19</sup> P. A. Barceló, *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden. Studien zur karthagischen Präsenz in westlichen Mittelmeerraum von der Gründung von Ebusus (VII.Jh. v.Chr.) bis zum Übergang Hamilcars nach Hispanien (237 v. Chr.)*, Bonn, 1988, 148; vid. en general L.M. Hans, *Karthago und Sizilien. Die Entstehung und Gestaltung der Epikratie auf dem Hintergrund der Beziehungen der Karthager zu den Griechen den nichtgriechischen Völkern Siziliens. (VI-III Jh. v. Chr.)*, Hildesheim, 1983.

<sup>20</sup> P. A. Barceló, *Karthago...* (n. 19), 148-149.

<sup>21</sup> C. G. Wagner, «El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica», *VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 1994, 7-22.

<sup>22</sup> J. L. López Castro, «El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI y III a.C.», *Studi Egittologia e Antichità Puniche* 9 (1991), 97-98.

tado sin ejercer ningún tipo de «soberanía territorial» cartaginesa sobre Iberia<sup>23</sup>. Es difícil creer (y no creo que exista apoyo alguno en las fuentes) que un estado pueda imponer una determinada política de apropiación y explotación de un territorio ajeno sin ejercer sobre el mismo un control político. Cartago no ejerce un control político efectivo sobre la Península hasta la época bárquida. Por consiguiente, y ante la ausencia del mismo, veo difícil que Cartago pudiese imponer «su» política y «sus» colonos sobre territorios que, como los de los centros fenicios de la Península, no le pertenecían.

Tampoco tiene por qué pensarse que la aparición de asentamientos rurales en torno a Cádiz a partir del final del siglo IV e inicios del s. III, de los que únicamente ha sido objeto de excavación el llamado Cerro Naranja (Jerez de la Frontera)<sup>24</sup>, aunque en prospecciones superficiales parece haberse detectado alguno más en las proximidades, sea «la confirmación arqueológica de esta colonización cartaginesa» protagonizada por libiofenicios<sup>25</sup>, por más que se piense que la misma no implica una intervención cartaginesa en Iberia<sup>26</sup> lo que, como ya he dicho, resultaría a mi entender contradictorio y poco efectivo, especialmente en zonas próximas a Cádiz; tampoco resulta coherente con la política gaditana de conservar su independencia y que se revelará durante la Segunda Guerra Púnica con claridad (Liv., XXVIII, 23, 6) que esos eventuales colonos libiofenicios cartagineses «estuvieran vinculados en relaciones de dependencia servil a entidades políticas» relacionadas con los centros fenicios, entre ellos la propia Gadir<sup>27</sup>; en todo caso, si este tipo de dependencia se practicaba en Cartago la misma parece haber afectado a los libios, no a los libiofenicios<sup>28</sup> (*cf.* Plb., I, 71-72).

Esta revitalización económica también puede haberse sentido en otros lugares, como algunos poblados o factorías rurales detectados en la provincia de Almería y seguramente en relación con el auge de centros como Baria o Abdera. Pero, a juzgar por los restos materiales ni tan siquiera en estos casos parece necesario postular la intervención de libiofenicios ni de colonos cartagineses<sup>29</sup>.

<sup>23</sup> J. L. López Castro, «El imperialismo...» (n. 22), 95.

<sup>24</sup> R. González Rodríguez, «Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, III, 90-96.

<sup>25</sup> J. L. López Castro, «Los libiofenicios...» (n. 11), 57.

<sup>26</sup> J. L. López Castro, «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?», *V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 1991, 79.

<sup>27</sup> J. L. López Castro, «Los libiofenicios...» (n. 11), 64. Tampoco veo claro que, como afirma el mismo autor, *ibid.*, 61-62 los libiofenicios estuviesen sometidos a un régimen de dependencia o servidumbre. El dato más completo sobre su situación en África, el de D.S., XX, 55, 4, parece excluir, precisamente, esa dependencia al aludir al derecho de *epigamia* con los habitantes de Cartago.

<sup>28</sup> *Vid.* el análisis de L.A. García Moreno, «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líbica», *MHA* 2 (1978), 71-81; también S.F. Bondi, «I Libifenic...» (n. 10), 653-661.

<sup>29</sup> Ciavieja (El Ejido, Almería): A. Suárez *et alii*, «Memoria de la excavación de urgencia realizada en el yacimiento de Ciavieja (El Ejido, Almería), 1985», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, III, 14-21; A. Suárez *et alii*, «Memoria de la excavación de urgencia realizada en Ciavieja (El Ejido, Almería), 1986», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, III, 20-24; M. Carrilero Millán y J.L. López Castro, «Ciavieja: un asentamiento de época púnica en el Poniente Almeriense», *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cul-*

No sería extraño, en mi opinión, que el clima de bonanza generalizada que parece percibirse en Cádiz y en toda el área de la bahía, y que se materializa primero en la existencia de abundantes factorías de salazón entre los siglos V y III<sup>30</sup> pueda ser también responsable de un incremento de la actividad agrícola en el *hinterland* gaditano más inmediato, la cual se expresaría en la aparición de factorías del tipo de las del Cerro Naranja, y que se dedicarían a la producción de alimentos bien para la exportación, bien, sobre todo, para abastecer a una población en constante aumento. Prueba también de ese momento de auge es la construcción de una nueva muralla en el tránsito entre los siglos IV-III a.C. en el Castillo de Doña Blanca, y el surgimiento, sobre la vecina Sierra de San Cristóbal de un «barrio» creado *ex-novo*, también en ese momento, y en el que se han excavado más de 1.600 m<sup>2</sup> de casas e instalaciones industriales<sup>31</sup>. Naturalmente, Doña Blanca, San Cristóbal, el Cerro Naranja, etc., muestran contactos con el mundo púnico del norte de África, puestos de manifiesto, entre otros elementos, por la presencia a ambos lados del estrecho de la característica cerámica de Kouass<sup>32</sup>; sin embargo, no es necesario recurrir, a menos que haya otro tipo de testimonios, a transplantes de poblaciones<sup>33</sup> o, al menos, de poblaciones dependientes de Cartago.

Puesto que de lo que parece tratarse, a mi modo de ver, es de una revitalización económica del área gaditana y quizá de otras áreas púnicas peninsulares, no hay por qué pensar en una colonización desde Cartago, difícilmente compatible con la independencia política que la ciudad de Cádiz posiblemente consiguió mantener<sup>34</sup>; ello, sin embargo, no obsta para que en la cultura material o en los

---

tura, Murcia, 1994, 251-268, esp. 264-268; *cf.* J.L. López Castro, «Los libiofenicios...» (n. 11), 58; posiblemente un caso similar lo representa Tijola, que acuñaría moneda entre fines del s. III y la primera mitad del s. II a.C.: C. Alfaro Asins, «Una nueva ciudad púnica en Hispania: TGLYT - *Res Publica Tagilitana*, Tijola (Almería)», *AEA* 66 (1993), 229-243.

<sup>30</sup> A. Muñoz Vicente *et alii*, «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz», *Actas del Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*, Vol. I, Madrid, 1988, 487-508. *Cfr.* un reciente estado de la cuestión en M.<sup>a</sup> C. Marín Ceballos, «El Cádiz prerromano», *DArch* 10 (1992), 140.

<sup>31</sup> *Vid.* un primer avance en D. Ruiz Mata, «Fenicios en la bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)», *Metallurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a. C. Estado actual de la investigación*, Murcia, 1993, 167-188. Curiosamente, este momento es señalado por algunos autores como de recesión en Cartago G. De Frutos Reyes, *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*, Ecija, 1991, 122-123; a mi juicio resulta demasiado mecánico relacionar conflictos políticos de alcance limitado con una mayor o menor prosperidad económica.

<sup>32</sup> M. Ponsich, «Alfarerías de la época fenicia y púnico-mauritana en Kouass (Arcila, Marruecos)», *PLAV* 4 (1968), 1-25; *Id.*, «Les céramiques d'imitation: la campanienne de Kouass. Region d'Arcila-Maroc», *AEA* 42 (1969), 56-80.

<sup>33</sup> *Vid.* en este sentido F. Chaves Tristán y E. García Vargas, «Reflexiones en torno al área comercial de Gades: Estudio numismático y económico», *Alimenta. Homenaje al Dr. Michel Ponsich. Anejos a Gerión* 3, Madrid, 1991, 154-155.

<sup>34</sup> M.<sup>a</sup> C. Marín Ceballos, «El Cádiz...» (n. 30), 141; el testimonio de la moneda gaditana les sugiere a F. Chaves y E. García, «Reflexiones...» (n. 33), 163-164, que Gades mantuvo también su independencia económica antes del 237 a.C.

rituales no deje de sentirse la influencia de la cada vez más poderosa Cartago que, en esos mismos momentos (finales del s. IV) parece vivir un período de esplendor como mostraría el auge constructivo que se detecta en ella, con la apertura de un gran barrio al norte de la colina de Birsa, que será el que en las fuentes posteriores se conoce como Mégara<sup>35</sup>. Para explicar la incidencia comercial y cultural cartaginesa en la Iberia de la segunda mitad del siglo IV en adelante, pues, no es necesario suponer ningún tipo de colonización norteafricana impulsada por el estado cartaginés; es suficiente pensar, como ha hecho acertadamente Wagner, que «las relaciones entre los cartagineses y las comunidades locales ibéricas no se han establecido sobre una base de dominio/subordinación, sino mediante alianzas y acuerdos que las elites nativas pueden haber utilizado para incrementar su propia influencia y prestigio», cambiando la situación únicamente, por la fuerza de los acontecimientos, tras el final de la Primera Guerra Púnica<sup>36</sup>.

Por si fuera poco, estas referencias a una colonización por parte de Cartago suelen aludir en las fuentes, precisamente, a los antiguos asentamientos fenicios de las costas malagueña y granadina, por lo que la credibilidad de esta colonización cartaginesa dista de poder afirmarse; en efecto, en el llamado periplo del Pseudo-Escimno, que quizá remonte en parte a fuentes del siglo IV a.C., es en el que se afirma que «hacia el Mar Sardo, los primeros que viven son los libiofenicios, procedentes de una fundación por parte de Cartago» (vv. 106-109), del mismo modo que también se afirma que «después, y por debajo de los Ligures que viven junto al mar, hay también ciudades griegas, que fueron fundadas por los foccos masaliotas; la primera de ellas es Emporion y la segunda Rhode» (vv. 201-204). Si hoy no suele admitirse que Emporion y Rhode sean fundaciones massaliotas, ¿por qué hemos de aceptar a propósito de los libiofenicios del sur de la Península la afirmación de que son colonos de Cartago?. Esta visión en nuestra fuente deriva del hecho de que en el siglo IV y en el III (en el verso 214 el periplo cita a Timeo) tanto Cartago como Masalia se han convertido en los centros más importantes de la presencia griega y fenicio-púnica, respectivamente, en Occidente y se tiende a atribuir a estas ciudades el impulso en la colonización de los territorios «bárbaros», debido al superficial conocimiento que tales autores pueden tener de la historia pasada así como al deseo de esas potencias de arrogarse unos méritos que no les son propios.

También Trogo Pompeyo, en sus *Historias Filípicas* se refiere a la presencia fenicia en Iberia, si bien el Epítome que de la obra realiza Justino apenas

<sup>35</sup> S. Lancel, *Cartago*, Barcelona, 1994, 136-137; en general, y aunque se haya hablado de «presencia» e incluso «penetración» cartaginesa en la Península en los siglos V y IV a.C. quienes así lo han hecho no pueden presentar elementos relacionables de forma incontrovertible con una presencia humana de ambiente cartaginés en Iberia; así, por ejemplo, G. De Frutos, *Cartago...* (n. 31), 110-123.

<sup>36</sup> C. G. Wagner, «The Carthaginians in ancient Spain: from administrative trade to territorial annexation», *Punic Wars. Studia Phoenicia* 10, Lovaina, 1989, 155-156.

permite una reconstrucción de la información original<sup>37</sup>; no obstante, en XLIV, 5, 3 alude a una intervención cartaginesa, cronológicamente anterior (pero no sabemos cuánto tiempo) a la llegada de Amílcar en el 237, y motivada por el deseo de auxiliar a los gaditanos, atacados por los indígenas. Lo único que asegura el Epítome es que, victoriosos los cartagineses «añadieron una parte de la provincia a su dominio» (*partem provinciae imperio suo adiecerunt*), pero sin que sepamos, realmente, a qué circunstancia se refería Trogo; no obstante, lo que sí podemos decir es que antes de esa llegada cartaginesa a la que alude el Epítome las relaciones entre Cádiz y Cartago son en pie de igualdad, a juzgar por la reiteración, en los apartados previos, a la consanguineidad y, por lo tanto, hermandad de ambas ciudades. Por otro lado, la interpretación de Trogo, cuya obra se centra en la formación y la destrucción de imperios, utiliza seguramente cualquier referencia que pudiera hallarse en sus fuentes para situarla como un hito más en la formación del imperio cartaginés (hecho al que presta bastante atención a lo largo de la obra), y que acabará siendo destruido por Roma.

#### 4. De los libiofenicios a los blastofenicios

En alguna ocasión se ha pretendido relacionar a estos elusivos libiofenicios con otro grupo de gentes que, con el nombre de blastofenicios menciona Apiano (*Iber.*, 56), aludiendo a las campañas de un tal Púnico, un caudillo lusitano, hacia el 155 a.C.: «Púnico envalentonado por estos hechos, hizo incursiones por toda la zona que se extendía hasta el océano y, uniendo a su ejército a los vetones, puso sitio a unos súbditos de los romanos, los llamados blastofenicios. Con relación a éstos se dice que Aníbal el Cartaginés había asentado a algunos libios, y a consecuencia de ello son llamados blastofenicios»<sup>38</sup>. Aplicando los mismos criterios que en el caso de los libiofenicios, se trataría de los fenicios que viven en territorio bástulo<sup>39</sup>.

<sup>37</sup> J. L. López Castro, «Pompeyo Trogo (Justino XLIV, 5, 1-4) y el imperialismo cartaginés en la Península Ibérica», *In Memoriam J. Cabrera Moreno*, Granada, 1992, 219-235; además, J.M. Alonso Núñez, «Pompeius Trogus on Spain», *Latomus* 47 (1988), 117-130.

<sup>38</sup> οἱς ἐπαρθεῖς ὁ Πούνικος τὰ μέχρι ὠκεανὸς κατέδραμε, καὶ Οὐέττωνας ἐς τὴν στρατείαν προσλαβὼν ἐπολιόρκει Ῥωμαίων ὑπηκόους τοὺς λεγόμενους Βλαστοφοίνικας, οἱς φασὶν Ἄννιβαν τὸν Καρχηδόνιον ἐποικίσει πινᾶς ἐκ Λιβύης, καὶ παρὰ τοῦτο κληθῆναι Βλαστοφοίνικας; sobre las incursiones lusitanas anteriores a Viriato *vid.* G. Chic García, «Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía», *Gades* 5 (1980), 15-25. Sobre la política de colonización bárquida, de la que tan pocas noticias tenemos, *vid.* J. M.ª Blázquez Martínez, «Los Bárquidas en la Península Ibérica», *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, 514-515 y, en general, sobre la presencia cartaginesa, M. Bendala, «Los Cartagineses en España», *Historia General de España y América, I-2*, Madrid, 1987, 138-151, y, en último lugar, J. L. López Castro, *Hispania Poena. Los Fenicios en la Hispania Romana*, Barcelona, 1995.

<sup>39</sup> *Cfr.* W. Huss, *Los Cartagineses* (n. 17), 33.

Una importante causa de confusión con respecto a los bástulos viene dada por las afirmaciones de Estrabón: «Desde esta costa en la que desembocan el Betis y el Anas y desde los confines de Maurusia hacia el interior, el Mar Atlántico penetra y configura el Estrecho de las Columnas, por el que el Mar Interior se une con el Exterior. Hay allí un monte que pertenece a los iberos llamados bastetanos, a los que también llaman bástulos, el Calpe...» (Str., III, 1, 7); «dicen que desde Calpe, la montaña de las Columnas, hasta Nueva Carquedón hay dos mil doscientos estadios, y que esta costa está habitada por bastetanos, a los que también se llama bástulos, y en parte también por oretanos» (Str., III, 4, 1). Da la impresión de que Estrabón, o quizá su fuente, han contaminado nombres correspondientes a dos entidades diferentes (o más probablemente a momentos y circunstancias distintas), los bástulos y los bastetanos, del mismo modo que se ha producido entre los turdetanos y los túrdulos. Aunque con respecto a aquéllos apenas quedan huellas de la misma, sí la hay con relación a los turdetanos-túrdulos: «A la región la denominan Bética por el río y Turdetania por sus habitantes, y a los que en ella viven los llaman turdetanos y túrdulos, que unos creen que son los mismos y otros que son distintos, y entre los últimos se encuentra Polibio, que dice que los túrdulos son vecinos de los turdetanos por la parte Norte; pero actualmente no parece haber entre ellos ninguna separación» (Str., III, 1, 6); recientemente, M.<sup>a</sup> P. García-Bellido ha intentado hallar la posible causa de tal distinción pensando que los túrdulos serían turdetanos semitizados<sup>40</sup>.

Si podemos aplicar el mismo razonamiento al posible doblete bástulos/bastetanos, puede que los mismos hayan sido poblaciones diferentes, pero también que ambos nombres correspondan a circunstancias diferentes dentro de procesos de formación de pueblos. Los bástulos, como tales, se ubicarían, pues, en torno a la región del Estrecho de Gibraltar, tal y como asegura Plinio: «M. Agripa juzgó que toda la costa dicha en general fue en su origen de los púnicos; pero la que se extiende desde el Anas por todo el litoral oceánico del Atlántico es de los bástulos y de los túrdulos» (Plin., *NH*, III, 8); «los primeros [sc. de la Hispania Ulterior] son los bástulos, en la costa» (Plin., *NH*, III, 19); la Bastetania está más hacia el este, según la misma enumeración pliniana<sup>41</sup>. El gaditano Mela, por su parte, también ubica en esa región a los bástulos: «Partiendo de aquí [sc. del Estrecho] y siguiendo por la derecha del que sale, ábrese el Mar

<sup>40</sup> M.<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Las cecias...» (n. 3), 129-131; *vid.* también, con otros presupuestos, L.A. García Moreno, «Turdetanos, túrdulos y tartessios. Una hipótesis», *Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión* 2, Madrid, 1989, 289-294.

<sup>41</sup> Ello no impide, sin embargo, que bástulos y bastetanos puedan ser un mismo pueblo, si bien la ubicación originaria de los mismos debe situarse en torno al Estrecho de Gibraltar; *vid.* a tal respecto L.A. García Moreno, «Mastienos y Bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana», *Polis* 2 (1990), 53-65 y A. Tovar, *Iberische Landeskunde. II. Die Völker und die Städte des antiken Hispaniens. I. Baetica*, Baden-Baden, 1974, 26-27. Sobre la descripción pliniana de la Bética *vid.* R. Corzo y A. Jiménez, «Organización territorial de la Baetica», *AEA* 53 (1980), 21-47.

Atlántico y la costa occidental de la Bética, que a no ser por dos pequeños golfos formaría una línea casi recta hasta el río Anas. Habítanla los túrdulos y los bástulos» (Mela, *Chor.*, III, 3). En fuentes posteriores como Tolomeo y Marciano de Heraclea, en las que se lee prácticamente lo mismo, se ubica en el tramo comprendido entre el Peñón de Gibraltar-Carteya y Belo el territorio de «los bástulos a los que se denomina púnicos». Sus ciudades son Carteya, Barbésula, Traducta y Mellaria (Ptol., II, 3, 6; Marciano, *Periplus Mari Exteri*, II, 9).

El territorio de los bástulos, pues, se localiza en torno al Estrecho de Gibraltar y, a partir de allí y en dirección norte, hacia el interior del país, hasta la zona próxima a la Lusitania<sup>42</sup>; ha sido seguramente la equiparación (o la confusión) entre bástulos y bastetanos la que ha hecho a algunos buscar a esas gentes blastofenicias, erróneamente, en las costas mediterráneas andaluzas<sup>43</sup>.

La interesante argumentación de M.<sup>a</sup> P. García-Bellido, relativa al asentamiento de poblaciones africanas semitizadas en Iberia, y que ella aplica al territorio turdetano-túrdulo<sup>44</sup>, seguramente puede, y debe, aplicarse con más motivo al territorio bástulo. Al final de su trabajo, y refiriéndose a estos emigrantes, afirma que «en otros casos su convivencia con turdetanos en comunidades ricas provocarían una mezcla cultural turdetano-semítica que tras uno o dos siglos, obligaría a los geógrafos greco-latinos a denominarlos como túrdulos; ni turdetanos ni libio-fenicios»<sup>45</sup>. Si queremos hallar en nuestras fuentes un nombre concreto aplicado al resultado de un proceso similar, lo encontramos en Apiano: blastofenicios.

## 5. Una mirada a las monedas llamadas «libiofenicias»

En un reciente trabajo<sup>46</sup> he analizado algunos datos relativos a estas monedas del s. II y I a.C. y a sus rótulos, por lo que aquí resumiré las principales sugerencias que en el mismo he avanzado. En mi opinión, y en parte utilizando los resultados a que han ido llegando otros autores<sup>47</sup> son claras las tradicio-

<sup>42</sup> Vid. ya en en este mismo sentido A. Tovar, *Iberische...* (n. 41), 34.

<sup>43</sup> En último lugar, M. Pastor Muñoz, «Los bastetanos en las fuentes clásicas», *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, 1993, 213-233, que presenta un buen análisis de las fuentes para los bastetanos, aunque insiste en la ubicación mediterránea de los Blastofenicios, seguramente llevado por el peso de la tradición. Sobre su exégesis de Apiano (*Iber.*, 56), le son aplicables las mismas observaciones que hago en la nota 50.

<sup>44</sup> M.<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), 130-131.

<sup>45</sup> M.<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), 131.

<sup>46</sup> A. J. Domínguez Monedero, «De nuevo sobre los libiofenicios: un problema histórico y numismático», *I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. "La Moneda Hispánica: ciudad y territorio"*, Madrid, 1995 (en prensa).

<sup>47</sup> M.<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Apostillas a El alfabeto de las cecas "libio fenices" de J.M. Solà Solé», *Acta Numismatica* 11 (1981), 41-55; *Id.*, «Leyendas...» (n. 4), 499-519; *Id.*, «Altas y oráculos semitas en Occidente: Melkart y Tanit», *RSF* 15 (1987), 135-158; C. Alfaro, «Epigrafía...» (n. 3), 109-156.

nes fenicio-púnicas de tales monedas, pero sus peculiaridades se deberfan a que habrían sido utilizadas por centros políticos en los que el componente líbico-bereber y, más concretamente, núnida, acabó siendo predominante y, por consiguiente, cuando iniciaron la acuñación de moneda emplearon una versión del alfabeto neo-púnico sumamente peculiar y adaptada a sus tradiciones (originalmente no fenicio-púnicas) de escritura<sup>48</sup>. No obstante, y a pesar de las peculiaridades de las cecas «libiofenicias» existe una clara similitud entre estas entidades y las restantes ciudades púnicas, tanto de la Península como africanas no sólo en las formas sino sobre todo «en la base jurídico-administrativa y religiosa que subyace a todo ello»<sup>49</sup>.

Igualmente, en ese trabajo he analizado las acuñaciones de Turri, Regina (Regina, Casas de Reina, Llerena, Badajoz) y Arsa (entre Zalamea de la Serena y Azuaga, Badajoz), ciudades que creo relacionadas con todo el problema de las Guerras Lusitanas, ya desde la época de Púnico que, como vimos, ataca el territorio blastofenicio, que debía de estar bien comunicado con la Beturia Túrdula y la Lusitania<sup>50</sup>. Arsa aparece mencionada también a propósito de las campañas de Viriato (App., *Iber*, 69-70; *cf.* Plin., *NH*, III, 15)<sup>51</sup>; igualmente, se conoce también el interés lusitano por atacar las ricas tierras al sur del Guadalquivir por lo menos ya desde principios del s. II a.C.<sup>52</sup> y uno de los testimonios directos de tales campañas, el bronce de Lascuta, afecta también a habitantes del territorio que ulteriormente acuñará en alfabeto «libiofenicio»<sup>53</sup>.

<sup>48</sup> A. J. Domínguez, «De nuevo...» (n. 46).

<sup>49</sup> M.ª P. García-Bellido, «Leyendas...» (n. 4), 499-519; concluye la autora su estudio afirmando que las disparidades epigráficas e iconográficas con esas entidades púnicas «podrían deberse al hecho de ser comunidades africanas llegadas a Hispania en fechas avanzadas, desarraigadas aquí de núcleos de semitización similares, por lo que se mantiene un cierto arcaísmo en su iconografía y se ocasiona el proceso aberrante de su escritura» (p. 519); *vid.* además *Id.*, «Las cecas...» (n. 3), 97-146, donde profundiza en todas estas cuestiones. Igualmente, sobre la iconografía monetaria *vid.* F. Chaves Tristán y M.ª C. Marín Ceballos, «L'influence phénico-punique sur l'iconographie des frappes locales de la Péninsule Ibérique», *Studia Phoenicia*, IX. *Numismatique et histoire économique phéniciennes et puniques*, Lovaina, 1992, 169-194.

<sup>50</sup> Creo que yerra L. A. García Moreno, «Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano», *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela, 1988, 376 cuando afirma que el territorio de los bástulofenicios es de «segura localización en la Andalucía oriental», seguramente porque interpreta mal el movimiento de Púnico, al que imagina alcanzando en su incursión «la orilla del Océano para desviarse posteriormente hacia el este, penetrando así en el territorio de los bástulofenicios, de segura localización en la Andalucía oriental». Lo que Apiano sugiere es, precisamente, que en su marcha hasta el Océano atacó a los Blastofenicios que, como sabemos, se encontraban junto al mismo, al oeste del Peñón de Gibraltar (Calpe); en trabajos posteriores, sin embargo, subsana su primer error; *cf. Id.*, «Mastienos...» (n. 41), 62. Sobre las vías de comunicación, *vid.* M.ª P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), mapa 2, basado en los mapas de R. Corzo y M. Toscano, *Las vías romanas de Andalucía*, Sevilla, 1992.

<sup>51</sup> L. A. García Moreno, «Infancia...» (n. 50), 377; sobre la Beturia, *vid.* L. García Iglesias, «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua», *AEA* 44 (1971), 86-108.

<sup>52</sup> *Cfr.* G. Chic, «Consideraciones...» (n. 38), 15-25 y N. Santos Yanguas, «Las incursiones de lusitanos en Hispania Ulterior durante el siglo II a.n.e.», *Bracara Augusta* 35 (1981), 355-366.

<sup>53</sup> *Vid.* L. A. García Moreno, «Sobre el decreto de Paulo Emilio y la "Turris Lascutana"», *Epigrafía Hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 1986, 195-218, con un estado de la cuestión.

Sería por ello por lo que la moneda de Turri.Regina (mediados del s. II a.C.) llevaría en el anverso una cabeza femenina, que García-Bellido interpreta como una asimilación de la púnica Tanit a la indígena Ataecina<sup>54</sup> y en el reverso, posiblemente, una falcata y una rodela. Aunque la falcata no es un arma corriente en la zona<sup>55</sup>, tampoco es absolutamente desconocida y recientemente ha aparecido una en el yacimiento de Capote, en plena Beturia Céltica, hallada en un contexto de la segunda mitad del s. II a.C.<sup>56</sup>. Tanto la espada como la rodela son armas típicamente lusitanas como asegura Estrabón (III, 1, 6): «tienen un escudo pequeño (*aspidion*) de dos pies de diámetro, cóncavo por delante y sujeto con correas porque no lleva abrazadera ni asas, y portan además un puñal (*paraxiphos*) o un cuchillo (*kopis*)» (Str., III, 3, 6)<sup>57</sup>.

Lo que yo sugiero es ver en esta moneda una acuñación ejecutada por una entidad política en la que el elemento predominante es de origen libio semitizado<sup>58</sup> que conmemora mediante el uso de esa iconografía su papel en la resistencia anti-lusitana. También la moneda de Arsa (principios s. I a.C.), según mi hipótesis, presentaría en el anverso (aun cuando empleando una iconografía ciertamente peculiar) al Heracles gaditano<sup>59</sup>, tema muy habitual en el resto de las acuñaciones «libiofenicias»<sup>60</sup>; el tipo de Heracles-Melqart, por ende, era muy frecuente entre las tropas que habían servido con Cartago<sup>61</sup>.

## 6. Conclusión

Recapitulando lo hasta aquí visto, diré en primer lugar que la mayor parte de las noticias referidas a los libiofenicios en Iberia son bastante ambiguas y, por ello mismo, que ninguna de ellas da pie para sugerir colonización agrícola alguna y, mucho menos, inspirada por Cartago. En el propio territorio africano

<sup>54</sup> M.ª P. García-Bellido, «Leyendas...» (n. 4), 514-515.

<sup>55</sup> F. Quesada Sanz, *Arma y símbolo: la falcata ibérica*, Alicante, 1992, 130-131.

<sup>56</sup> L. Berrocal Rangel, *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica. Complutum, Extra 2*, Madrid, 1992, 158-160; *cfr. Id.*, «La falcata de Capote y su contexto. Aportaciones a la fase tardía de la cultura céltico-lusitana», *MDA(I)M* 35 (1994), 258-291.

<sup>57</sup> F. Quesada Sanz, *Las Armas ibéricas en las fuentes literarias: replanteamiento de su estudio*, Tesis de Licenciatura inédita. Madrid, 1991, 109 afirma con respecto a este texto: «creemos arriesgado identificar positivamente *kopis* con falcata en este contexto, aunque haya cierta posibilidad».

<sup>58</sup> L. A. García Moreno, «Ciudades béticas...» (n. 10), 126 ha hablado, incluso, de una colonia militar.

<sup>59</sup> A. J. Domínguez, «De nuevo...» (n. 46).

<sup>60</sup> L. Villaronga, *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti aetatem*, Madrid, 1994, 121-135; sobre la extensión de la iconografía de Heracles-Melqart, F. Chaves y M.ª C. Marín, «L'influence...» (n. 49), 174-175.

<sup>61</sup> Puede comprobarse en la elección de este tipo en las acuñaciones de la Guerra de los Mercenarios; *cfr. E. Acquaro*, «Les émissions du "soulèvement libyen": types, ethnies et rôles politiques», *Punic Wars. Studia Phoenicia* 10, Lovaina, 1989, 137-144; también G. Manganaro, «Per la cronologia delle emissioni a leggenda», *Studia Phoenicia, IX. Numismatique et histoire économique phéniciennes et puniques*, Lovaina, 1992, 93-106.

el término de libiofenicios designa a gentes de origen fenicio, no cartagineses, pero estrechamente vinculados a ellos en pie de igualdad, como denota la posibilidad de realizar matrimonios legítimos, tal y como señala D.S., XX, 55, 4. Por ello mismo, tampoco podemos aceptar que se trate de poblaciones sometidas, puesto que el derecho de *epigamia* implica un acuerdo entre comunidades que se reconocen jurídicamente iguales.

Cosa distinta es la presencia de asentamientos de tropas en la Península Ibérica. Recientemente, Chaves y Barceló han sugerido, a partir sobre todo del hallazgo de monedas cartaginesas, la existencia de campamentos militares en torno básicamente al valle del Guadalquivir, que estarían guarnecidos por jinetes nómadas<sup>62</sup>. Es, seguramente, a fenómenos de este tipo a los que alude el pasaje de Apiano (*Iber.*, 56) relativo a asentamientos de libios; este autor, no obstante, sólo se refiere a un grupo de ellos, a los asentados en territorio bástulo.

Desde mi punto de vista, las monedas tradicionalmente llamadas «libiofenicias» serían las monedas acuñadas, en la región de Cádiz y sur de Extremadura, por comunidades políticas compuestas en buena medida por descendientes de libios semitizados, llegados a Iberia antes y durante la Segunda Guerra Púnica<sup>63</sup>, y que recibirían (u ocuparían) tierras en zonas poco pobladas o marginales con respecto a los grandes centros fenicios de la Península; entre las zonas que ocupan están las limítrofes con Lusitania, donde la agitación y la tensión es creciente quizá ya desde inicios del s. II a.C. (*cf.* Liv., XXXV, 7, 6), y donde posiblemente hay intereses mineros<sup>64</sup>. Las diferencias formales con el resto de las acuñaciones púnicas de la zona se deberían a una decisión consciente de conservar tradiciones propias, en las que el componente nómada debió

<sup>62</sup> F. Chaves, «Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la segunda guerra púnica en el sur de la Península Ibérica», *Latomus* 49 (1990), 613-622; P. Barceló, «Beobachtungen zur Entstehung der Barkidischen Herrschaft in Hispanien», *Punic Wars*, Lovaina, 1989, 167-184. Sobre el hallazgo de un lote de monedas cartaginesas en la Torre de Doña Blanca, expresamente atribuidas a «un soldado venido del Norte de África», *vid.* C. Alfaro Asins y C. Marcos Alonso, «Tesorillo de moneda cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca. (Puerto de Santa María, Cádiz)», *AEA* 67 (1994), 229-244.

<sup>63</sup> A juzgar por las cifras que dan las fuentes son varios miles los jinetes e infantes nómadas que llegan a la Península desde el inicio de la presencia bárquida; *vid.* los datos reunidos por J. M<sup>a</sup> Blázquez Martínez, «Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a.C.)», *Saitabi* 11 (1961), 21-43.

<sup>64</sup> Eso mostraría el hallazgo, en Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz) de téseras de plomo inscritas *b'gli* y, por consiguiente, de circulación restringida a esa zona; M<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Las cecas...» (n. 3), 117-118; una primera noticia en *Id.*, «Sobre las dos supuestas...» (n. 3), 88-89. También de Hornachuelos proceden varios ejemplares de una moneda desconocida hasta hace poco, de clara tipología púnica, pero con rótulo *BALLEIA* en latín; *vid.* M<sup>a</sup> P. García-Bellido, «Sobre las dos supuestas...» (n. 3), 81-92; *cf.* L. Villaronga, *Corpus...* (n. 60), 400-401, que data la moneda en el s. II a.C. y sitúa la ceca en Hornachos (Badajoz). Recientemente M. Bendala Galán, «El influjo cartaginés en el interior de Andalucía», *VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 1994, 62-63 ha propuesto incluir como posible indicio del interés púnico por esta región todo un conjunto de recintos amurallados desperdigados por toda la Baja Extremadura; sobre los recintos, *vid.* A. Rodríguez Díaz y P. Ortiz Romero, «Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de la Serena, Badajoz», *CuPAUAM* 17 (1990), 45-65.

de jugar un papel importante<sup>65</sup>. En buena lógica, pues, estas monedas deberían ser llamadas «blastofenicias» nombre que, por otro lado, ya les dio Heiss en 1870<sup>66</sup>.

Los datos que se desprenden de las recientes investigaciones muestran que la acción de los Bárquidas en Iberia, aunque breve, fue de gran intensidad, como por otro lado indican las fuentes para Amílcar (Plb., II, 1, 7; D.S., XXV, 10) y para Asdrúbal (Plb., II, 36, 2; D.S., XXV, 12)<sup>67</sup> y ello, a su vez, permite explicar mucho mejor expediciones como las que llevó a cabo Aníbal en los dos primeros años de su mandato hacia la Meseta Norte<sup>68</sup> y que requerían un sólido control de, al menos, el tercio meridional de Iberia. Ese control, como se va sabiendo cada vez con más datos, quedaba garantizado merced a la política llevada a cabo seguramente ya desde Amílcar, de transferencia de gentes de estirpe nómada al sur peninsular<sup>69</sup>, y que revela un desigmo político con clara intención de permanencia.

Por fin, el análisis llevado aquí a cabo ha pretendido ubicar en el lugar que le corresponde al término libiofenicios y a las gentes que fueron así llamadas, revalorizar el papel de los blastofenicios y relacionar a estos últimos con las acuñaciones llamadas «libiofenicias».

---

<sup>65</sup> Puede aducirse, a modo de ejemplo, el caso últimamente muy traído a colación de las monedas *Hispanorum* de Morgantina, de la segunda mitad del s. II-principios del s. I a.C., pretendidamente acuñadas por los descendientes de los mercenarios hispanos que fueron allí asentados por Roma en el 211 a.C. (Liv., XXVI, 21, 11-17). Vid. en último lugar F. Quesada Sanz, «Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: La cuestión del mercenariado», *Encuentro Internacional "Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica"*, Córdoba, 1994, 192-242.

<sup>66</sup> A. Heiss, *Description générale des Monnaies Antiques de l'Espagne*, París, 1870, 48-54; también este autor observó semejanzas entre algunos signos de estas monedas con otros presentes en monedas púnicas norteafricanas, así como con signos procedentes de inscripciones lapidarias nómadas.

<sup>67</sup> G. Chic, «La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218», *Habis* 9 (1978), 233-242; vid. en último lugar M. Bendala, «El influjo...» (n. 64), 59-74.

<sup>68</sup> A. J. Domínguez Monedero, «La campaña de Aníbal contra los vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la Segunda Guerra Púnica», *Latomus* 45 (1986), 241-258.

<sup>69</sup> L. A. García Moreno, «Ciudades béticas...» (n. 10), 119-127.

